

(EL PERIÓDICO DE CATALUNYA. A l'atenció de J.L.Martinez Ibáñez i Xavier Campreciós)

LA REFORMA DEL ESTATUTO Y SUS PROBLEMAS.

Jordi Solé Tura

En plena discusión de todas las fuerzas políticas contra el Partido Popular por su servilismo ante el presidente Bush en la guerra de Irak, empiezan otras discusiones en nuestro país. Una de ellas, de gran calibre, es el de las elecciones autonómicas, no sólo por lo que significan en el conjunto del país sino también por lo que significan en una Catalunya que puede cambiar de personas, de estructuras y de formas de gobierno.

Días atrás tuve ocasión de escuchar la propuesta de reforma del Estatuto de Catalunya que presentó Pasqual Maragall en Barcelona y en Madrid. Los oyentes eran muy distintos en una y otra ciudad pero creo que el texto entró bien en todos ellos porque era sensato y claro. En él se decía rotundamente que Catalunya es una nación, pero no una nación separada sino integrada en una España de carácter federal, plurinacional, pluricultural y plurilingüística con lealtad recíproca respecto al Estado, a las demás comunidades autónomas, a los entes locales y a la Unión Europea. O sea: una entidad autónoma capaz de trabajar por sí misma pero también de colaborar con todas las demás, una entidad que no gobierna a las otras desde ningún centro sino que coopera con todas y que no se encierra sino que busca y propone acciones conjuntas, que mira más allá de su propio horizonte y que no se considera a sí misma como una isla cerrada.

Todo ello era la expresión de un cambio ante un país que corre el peligro de quedarse estancado. Digo esto porque desde la proclamación del Estatuto de Catalunya y de las primeras elecciones libres, Catalunya ha estado gobernada por dos concepciones políticas muy separadas y si el mensaje de Pasqual Maragall no sólo habla de descentralización y de apertura hacia dentro y hacia fuera sino que se enfrenta directamente con el centralismo duro y tradicional de la derecha española, Convergència i Unió se enfrenta consigo misma ante la pérdida de un liderazgo tan potente como el de Jordi Pujol y no sabe si apoyarse una vez más con la derecha centralista o apartarse de ella sin tener clara la guía del nuevo timonel, mientras Esquerra Republicana emprende un camino más sólido que el anterior y, seguramente, con más ímpetu y serenidad. Todo esto en el marco de una sociedad catalana que es la antítesis absoluta de la España de Aznar y del Partido Popular y que se siente traumatizada por una guerra infame que ni perdona ni perdonará.

Todo parece orientarse, pues, ante un avance socialista que hará bien en mantener sus apoyos con otras fuerzas y abrir un amplio espacio de discusión con todas ellas, excepto, claro está, con el P.P. de Aznar. De hecho, la próxima fase política de la sociedad catalana dependerá de su capacidad de derrotar y aislar a un P.P. que ha intentado y sigue intentando transformar a España en una estructura tan centralista como la de los años de la dictadura.

Esto es fundamental, pero no es lo único. Tan importante o más es el problema de la estructura constitucional. No hay más que recordar los aspavientos del joven J.M.Aznar contra la Constitución para comprender el sentido de la tendencia absolutista del Aznar de ahora y de su partido como guardianes intocables de cualquier punto y coma del texto constitucional. Digo intocables porque para ellos la Constitución es una especie de barricada contra cualquier intento de reforma de ella. Y, sin embargo, la reforma es totalmente necesaria con vistas al futuro inmediato. Si ahora tenemos diecisiete autonomías, es absurdo que ninguna de ellas esté representada en la estructura general de nuestro régimen político mientras las viejas provincias se acogen en el viejo Senado. Este error del momento inicial de la Constitución, impuesto en el último momento por el gobierno de entonces, con la U.C.D. al frente, tras una larga y dura discusión en el seno de la ponencia constitucional, nos ha hecho mucho daño, porque las autonomías no tienen la debida participación en la dirección del Estado y las provincias no tienen ni la estructura ni la capacidad política necesarias para dirigir el Senado como una cámara fundamental. Y así estamos y así peleamos, de momento sin fortuna, para convertir nuestro sistema parlamentario en un instrumento ágil y abierto que transforme el Parlamento en un órgano eficaz y participativo para la gobernabilidad del país.

Si ésta es, como creo, la batalla política e institucional que necesitamos, creo que es innecesario desviarla a otros derroteros. Dicho de otra manera, creo que tiene poco sentido hablar ahora de autodeterminaciones y otras batallas que provocan rupturas y divisiones allí donde hacen falta uniones sólidas. El cambio fundamental no será rápido ni fácil y, según como se entienda, puede crear más divisiones allí donde se requieren uniones. Es cierto que dentro de poco tendremos elecciones y esto acostumbra a disparar cartuchos de buena planta y de escasa pólvora pero esto, al final, acaba haciendo la marcha más ruidosa que eficaz.

Para poner un ejemplo, me parece que hoy por hoy es más importante organizar políticas de acogida, de aprendizaje y de integración de los emigrantes que expulsarlos o dejarlos en manos de especuladores, no sólo porque les maltratan sino también porque les dejan convertidos en una triste clase social que convive al servicio de otras clases totalmente alejados de ellos.

Y, desde otro ángulo, muy distinto, creo que es más importante que Catalunya mejore sus perspectivas económicas y financieras por si misma y busque sus propia rutas de acción a este respecto que dejarse llevar por el centralismo del P.P. y convertirse en una especie de economía de segundo grado que quizá aceptarían algunos sectores financieros pero que precipitaría en el vacío a otros y, muy especialmente, a la Catalunya real.

El Periódico

Junat dividendes 3 abril 2003

después de cancelar el

primer text (27 marzo 2003)
